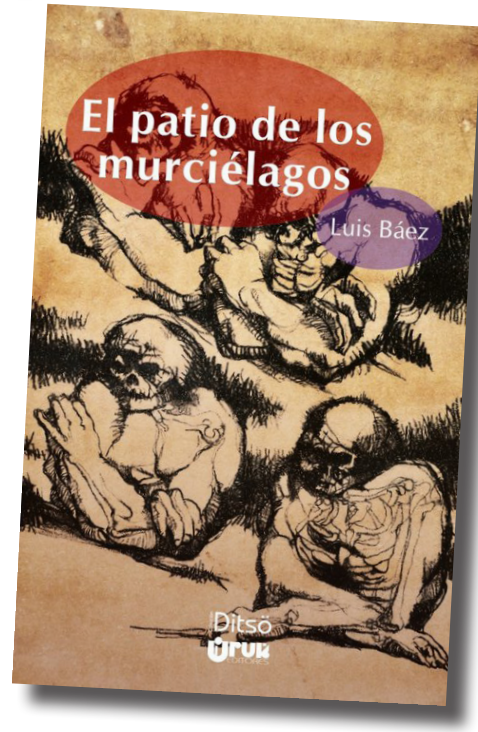
Relato sobre papel de arroz

Luis Báez



1

Son dos imágenes las que prevalecen, al menos en mi mente.

La primera diría que se trata de Sergito Díaz tocando a la puerta de mi apartamento de Managua: mi espátula chorreaba una aguada terracota sobre el piso. Yo no me percaté, es posible que incluso hoy la aguada siga chorreando desde la espátula. Goteando, para ser más claro. Sí me percaté de un goteo. Algo

se filtraba y caía al piso. El cuadro en que trabajaba era enorme. Quizá seis metros de largo por uno y medio de alto. Estaba en la mera mancha. En la macha bruta, y supongo que así se va a quedar. No creo regresar a ese apartamento. Tenía música puesta, creo que *Desierto,* de Paez. No sé, pero sí estoy seguro que el disco que escuchaba era *Abre/Paez*. Pues bien, sonó la puerta y yo abrí.

Entonces apareció Sergio chorreando lluvia. Pensé que algo le ocurría y lo hice pasar.

Había sido un día jodido en el trabajo. El riesgo se ha triplicado desde que mi Vespa está descompuesta. Andar cargado y andar en ruta es peligrosísimo; ahora tengo que gastar extra en taxi, y aun así la cosa no es del todo segura. Ventajas a mi favor, tres: mis clientes (discretos, buenos compradores, honrados, en fin, ciudadanos correctísimos de los que nadie sospecharía), los lugares a los que voy a entregar (oenegés, bufetes jurídicos, salones de belleza, talleres de pintores, oficinas del Estado) y el caos de Managua (ocre pálido cuando el mediodía se ahoga entre el tráfico. El tráfico gris que se arrastra como un largo y torpe gusano mecánico entre la gente. Rojo sarro en el filo de los cauces a eso de las cinco y media de cualquier tarde de Julio). Mis desventajas, sobre todo en esta situación: inumerables.

Lo que quiero decir es que había sido un día pesado de trabajo, y cuando Sergio llegó a mi apartamento pensaba que era mucho más tarde. Las tres de la madrugada era mi cálculo; apenas eran las diez y veinte.

© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

Sergio entró y me dijo algo de una gira al mar. Me dijo que Carlos tenía kush[1] y, bueno, nos fuimos.

2

Sergio estudiaba Derecho en la UCA y alquilaba un apartamento en Barrio San Juan, a menos de seis cuadras de la universidad.

Trabajaba en Sitel (un call center, de los muchos, que desde Nicaragua brindaba asistencia técnica y servicio a los clientes de Virgin Mobile en los Estados Unidos) de una de la tarde a diez de la noche y sus clases eran por la mañana.

El apartamento era agradable, más que suficiente para cualquier estudiante soltero de la capital. Estaba en una zona relativamente segura, cerca de uno de los tres malls que, no desde hace mucho, eran como los ejes de un fragmento de la realidad, ya de por sí ultrafragmentaria, de Managua. Un parqueo enmurallado conducía al porche del apartamento de Sergio, el cual estaba flanqueado por jardineras colindantes a apartamentos exactamente iguales (tres más a la izquierda y uno a la derecha) en los que vivían jóvenes y estudiantes, como él.

[1] Kush es una subespecie de Cannabis Indica. Crece en Irán, Pakistán y el norte de la India. Sus efectos, como podremos ver, son en extremo potentes.

Aquella noche, Sergio Díaz llegó a su apartamento a eso de las diez y veinte.

Tiró las llaves y el paquete rojo de Marlboro sobre la mesita de la sala y puso la lata de Coca-Cola vacía en el piso. Inmediatamente se desplomó sobre el sofá y prendió el televisor: canal 37: *Archivos extraterrestres, OVNIS en el Amazonas.*

Los diez días de vacaciones acumuladas que había solicitado en el call center empezaban, para hacerlos coincidir con sus vacaciones de la universidad, al día siguiente, o sea Jueves, y Sergio no tenía nada de sueño.

Prendió un cigarrillo y salió a la lluvia que era gris y oblicua y que soltaba una pelusa parecida a la que sueltan los gatos, una brisa húmeda que se adhería a la cara de Sergio mientras caminaba hacia el apartamento de Antonio, donde divisó una luz encendida.

Cuando se paró ante la puerta percibió música en lo profundo. No tuvo que esperar mucho después de tocar. Antonio salió con un cigarrillo en la boca y con cara de dormido pero con ojos muy despiertos que se clavaron en Sergio como si nunca antes lo hubiesen visto. ¡Ah! Oe, qué nota, dijo después de un rato, pasá.

Sergio se sentó en el sofá, idéntico al suyo, y miró el lienzo medio cubierto por pintura roja y varias manchas azules, moradas y terracota, sobre el cual Antonio seguramente iba a empezar a pintar. Esperó a que Antonio saliera del baño y a que le ofreciera algo de tomar para

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

preguntarle si andaba de ánimos de una gira nocturna: agarrar la carretera, pasar por El Crucero buscando a Carlos que tenía Kush, y tal vez amanecer en alguna playa, en La Boquita o Casares, probablemente.

Sí, vamos, dijo Antonio luego de abrir su billetera y echar un vistazo a unos cuantos billetes arrugados. Luego metió los pinceles y la espátula que estaba usando en una lata con aguarrás. Tomó su chaqueta y salieron juntos.

3

Me miraba con cara de mierda mientras balanceaba en su mano el trago que el dinero sucio de papi le acababa de pagar. Sus ojos verdes se volvían rojos o azules mientras las luces de la disco le surcaban el rostro como bofetadas de fantasmas velocísimos y multicolor. Yo entiendo, me dijo, que mierda eso que hicieron, lo del fraude, lo de los decretos, y me miraba a los ojos. ¿Cómo? No quería contestarle nada y no lo hice. Sinceramente no quería; me dolía saber que esa era mi generación hablándome, lo de la corrupción, lo de la violencia, obviamente no sabía de qué putas hablaba. Me daba tristeza. Ni siquiera repudio, lo cual me sorprendió. No le dije nada. Traté de ser amable. Él estaba borracho. Por qué no se lo decís a tu papi que es de los que lo orquestaron,

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

uno de los funcionarios-empleados del maldito caudillo, se me pasó por la cabeza, por qué tenés que salir con eso aquí, en Hipa-Hipa, en una discoteca de niños bien, por qué tenés que ser tan ridículo. Me largué de donde él estaba con el estómago revuelto y entré al pasillo angostísimo y escasamente iluminado que a uno lo lleva desde la barra hasta el baño.

Creo que estaba borracho. Seguramente estaba borracho. Estabamos borrachos. Que ellos no tienen la culpa de sus padres, que ellos estan en situaciones dificiles, que nadie nunca va a ver al diablo en su padre, puede ser, pero de eso a que vengan a querer satisfacer sus instintitos de rebeldía adolescente tratando de entablar una complicidad tácita y juguetona conmigo, para sentirse malos, para ser rebeldes entre sus amiguitos. Le debí haber escupido la cara, ahora me arrepiento; simplemente me di la vuelta y fui al baño, lo cual no fue del todo un fracaso.

Mi ex novia, con quien corté relaciones (tormentosísimas por cierto) hace poco más de un año, tenía esta amiga que yo juraba que me coqueteaba. Obviamente nunca hice notar el hecho por lo peligroso de su naturaleza, y traté de ser tan amable como mi situación de novio-de-la-amiga me lo permitiese. Ellas se pelearon por eso, porque la mamá de mi ex le metió en la cabeza que la Alejandra (así se llamaba la amiga) se me andaba "metiendo". Esa palabra, usada de esa manera me causó mucha gracia, pero en fin, ellas se pelearon y yo nunca volví a saber de la amiga que estaba, a mi parecer, descomunalmente buena. Creo que se había ido a los Estados

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

o algo así. Entonces, mientras me dirigía al baño me pasó lo más estúpido del mundo: derramé mi trago sobre el vestido de una tipa que bailaba cerca de la barra con su amiga. Perdón, le dije molesto mientras ella hacía una mueca exagerada, luego le pasé unas servilletas, ella empezó a decir algo y yo comprendí que realmente no tenía ningún sentido seguir parado ahí y reanudé mi camino al baño; en eso sentí unas uñas clavarse tenuemente en mi brazo izquierdo, seguidas de un *¿Ernesto?*

Cuando encontré la voz descubrí un rostro familiar, y pues, obviamente, era ella, Alejandra. Se miraba preciosa, simplemente preciosa. Su pelo negro le caía como serpientes dopadas sobre los hombros y la espalda desnuda. Los labios carnosos cubiertos por un tono turquesa nacarado pronunciaron otra vez mi nombre...

–¡Ernesto! ¿Cómo estás? –y me abrazó mientras su amiga seguía lanzando toda clase de improperios en mi contra, por haberle derramado el trago encima.

–¿Alejandra?... ¡jajajajaja, cuánto tiempo!, la reconocí pero me costó recordar el nombre.

Como dije, la ida al baño no fue del todo infructuosa. Casi al instante de los saludos sonó mi celular; era Sergio Díaz proponiendo una gira. El ambiente de la disco se había tornado insoportable desde el encuentro, poco deseado, con aquel mierda, y quería tomar aire fresco de carretera. A Alejandra la convencí de que me acompañara a un bar que estaba junto a la disco mientras llegaban mis amigos.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

4

¿Sigue mala tu moto?, preguntó Sergio a Antonio mientras salían a la lluvia y al parqueo. Sí, y la verdad no creo repararla porque igual me voy a ir a la verga. Ya, dijo Sergio, ¿y para dónde vas? No sé loco, murmuró Antonio, pero largo de aquí, este país se está yendo muchísimo a la mierda y no hay nada que se pueda hacer. ¿Y eso?, preguntó Sergio. Pues sí, dijo Antonio y ambos se montaron al Yaris rojo.

Mientras Sergio retrocedía para salir del parqueo, Antonio sacó un bulto envuelto en hojas de periódico y un paquete verde de papeles para fumar. ¿Quiénes más van?, preguntó mientras abría la bolsa de plástico transparente que había sacado de los periódicos. Carlos, ¿ya sabés? el broder del Crucero. Sí, sí, dijo Antonio, fiera. Y no sé, ¿le decimos a Ernesto? Si, ahuevo, dijo Antonio mientras arrancaba los cogollos de las ramas y los ponía sobre uno de los trozos de periódico.

Cuando Sergio llamó desde su celular, luego de encender el churro que Antonio acababa de enrolar, le costó mucho trabajo entender la voz de Ernesto que se perdía entre la música a todo volumen y el rumor de la gente; la voz le decía que ahuevo, que estaba en Hipa-Hipa, pero que lo pasara trayendo y que iban sobre.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

5

El frío de El Crucero es feroz. Penetra los cerros, las paredes, el techo, los muebles, las sábanas, la piel y hasta los huesos. Tenía cuatro onzas de kush y estaba aburrido. Le escribí a Sergio para que pasara trayéndome, pues la noche anterior lo escuché decir que a partir del día siguiente tenía vacaciones.

6

Ernesto salió de la discoteca casi cayéndose, abrazado a una muchacha alta y bonita que ni Sergio ni Antonio conocían. Venían hablando y cada vez que él decía algo se incorporaba y se le acercaba de pronto como si fuese a abalanzarse sobre ella, y entonces ambos decían cosas que ni Antonio ni Sergio alcanzaban a escuchar, pero casi siempre ella reía. Antonio y Sergio fumaban dentro de la cabina del Yaris rojo, mientras Ernesto y la muchacha se acercaban. Sergio se puso el churro en los labios sin despegar los ojos de la pantallita luminosa de su iPod, hasta que las voces de Ernesto y la muchacha se fueron volviendo cada vez menos distantes y borrosas.

Ves, solamente son dos amigos y estaríamos de regreso mañana al mediodía, lo más,

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

¿verdad loco?, le dijo Ernesto a la muchacha mientras le daba la mano a Antonio. Antonio sonrió. No corazón, falso, dijo ella, mis amigas están adentro y se quedan en mi casa. Invitalas, gritó Sergio desde dentro del carro. La muchacha y Ernesto se besaron por un buen rato recostados a la ventana trasera del Yaris rojo. Un guarda de seguridad se acercó y ella se despidió de todos sonriendo.

Aquí se los dejo muchachos, dijo, y los tres se quedaron viendo la espalda desnuda marcharse sobre el parqueo de adoquines, mientras la blusa que le caía por los costados serpenteaba junto a la luz de las luminarias, como derritiéndose sobre los jeans ajustados que se movían acompasados por el golpe de los tacones, hasta que se perdió entre los otros carros.

Sergio y Antonio le golpearon la parte posterior de la cabeza a Ernesto con las palmas de sus manos cuando este se montó al carro. ¡Jodás!, te las hubieras traído con sus amigas, le dijo Sergio. Caballo, opinó Antonio con una sonrisa mientras negaba.

Dieron la vuelta sobre el parqueo que parecía el lomo de un inmenso reptil de piedra gris y, en lugar de salir por carretera a Masaya, tomaron el camino paralelo a Hipa-Hipa que salía, rodeando la parte trasera de Galerías, a la calle de Santo Domingo y luego a la pista Jean-Paul Genie, como a la altura de La Meca del Fútbol. Allí viraron a la izquierda y cruzaron la Jean-Paul de Este a Oeste hasta toparse con el semáforo en rojo del Club Terraza.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

Un segundo churro, que Antonio había enrolado mientras Ernesto y la muchacha se besaban circulaba dentro del carro; Sergio cantaba una canción de Los Fabulosos Cadillacs a grito partido. El churro se acabó cuando llegaron a uno de los semáforos de reparto San Judas, en la pista suburbana; cuando la luz estuvo en verde el Yaris arrancó sin que ninguno de los tres alcanzara a ver la manada de zombies que venía por la esquina.

Cuando salieron a la Carretera Sur empezó a caer una brisa débil. Viraron a la derecha y unos cuatro kilómetros después, cerca de la entrada del Colegio Alemán, divisaron las luces de una ambulancia y de dos patrullas de la policía; bajaron la velocidad y vieron un Yaris azul, un año más nuevo que el de Sergio, estrellado contra un poste de luz, con el vidrio delantreo destrozado, desde donde salía la mitad de un cuerpo ensangrentado que apenas se movía.

Ya en las afueras de Managua pasaron los kilómetros de curvas en medio de una neblina densa. Luego de unos quince minutos estaban en El Crucero. Viraron a la izquierda en el parquecito que estaba a la entrada del pueblo y subieron hacia Las Nubes, la zona más alta de esa, ya por sí bastante alta, zona que se elevaba entre las nubes y sobre el valle en el que, a unos veinte kilómetros al sudoeste, junto a las costas septentrionales del Xolotlan, se dilataba, caótica y fragmentaria, la capital.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

7

Carlos vivía a unos trescientos metros del mirador de Las Nubes.

Bajo el muro largo y alto del mirador se erguían las copas de los árboles, a las cuales varios jirones de niebla se prendían estáticos, como motas de algodón o cenizas de pájaros prehistóricos que por la noches anidaban en aquella zona; trozos de neblina o de nubes que a la mañana siguiente estarían disueltos en una luz bronce y púrpura, o aspirados por los cientos de pulmones que pululaían apareados y acorazados por las calles de El Crucero, hasta que una nueva borrasca los borrase; bajo las copas, interminables plantaciones de café, surcadas por senderos como venas pálidas y polvorientas, soltaban un aroma ínfimo de noche y vereda. Al fondo, Managua resplandecía como un charco de luz sucia. Cuando la niebla que fluía por el vidrio delantero del Yaris rojo no dejaba ver el camino, Sergio se parqueó junto al muro. Ernesto llamó a Carlos desde su celular para decirle que saliera.

Casi en el momento en que Ernesto colgó, la figura baja y delgada de Carlos Morales, cubierta por un grueso sweater negro y unos shorts a rayas, apareció luego de una curva, junto a la luz azul de su celular, como flotando entre la niebla homogénea.

Recostados al muro del mirador fumaron los cuatro muchachos del kush que ardía en

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

la pequeña pipa de vidrio retorcido y multicolor que planeaba entre la niebla que arreceaba, delatada por la efímera brasa naranja.

Veinte minutos después, a la una y cuarenta y nueve de la madrugada del jueves 16 de Septiembre de 2010, el Yaris rojo siguió hacia el sur sobre la carretera Panamericana que, aquella noche, estaba más desolada que nunca.

¡Jueputa!, exclamó Sergio. Bajó su ventanilla y un viento filoso le alborotó la expresión. Se le acabó la batería a esta mierda, dijo luego, y metió el iPod en la guantera.

Cuando sintonizaron la radio solo escucharon estática. En la primera emisora que encontraron sonó la voz solemne de la Primera Dama con La Mora Limpia de fondo. Sergio cambió la emisora y al poco tiempo sonó una canción de Marcos Witt. Es esto o reggaeton, en el mejor de los casos, si no bachata. Buen trip, ahí dejalo, contestó Carlos mientras su sonrisa se reflejaba a baja resolución sobre la ventana empañada.

A las dos y quince de la mañana se pararon en la Texaco que estaba a la entrada de Diriamba. Cuando Sergio parqueó el carro junto a una de las bombas abastecedoras Carlos caminó hacia el baño; Antonio y Ernesto se dirigieron a la tiendita, de donde luego salieron con tres sixpacks de cervezas cada uno. Se montaron y el Yaris rojo reanudó su marcha.

Las paredes de adobe y cal de Diriamba, despintadas y altas, entretejían un laberinto

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

proteico y estrecho cada vez que el Yaris rojo viraba en las esquinas con gradas o pintas subversivas erosionadas, que traían en una especie de trance a Ernesto, quien no desclavaba la mirada de los techos de teja mohosa y de las plantas que se erizaban sobre ellos y en los cables y postes. Todo esto ocupó su vista, hasta que de improviso sus ojos entrecerrados desembocaron en un amplio trecho de noche, rasgado por unas cuantas nubes breves, en el momento en que el Yaris salió, con no poca dificultad, a la carretera que llevaba a las playas de La Boquita y Casares.

Cuarenta minutos después, los cuatro dormían dentro del carro, sobre la playa, frente al mar, hasta que más o menos a las seis y media de la mañana el calor y el cielo, de un azul ofensivamente brillante, los envolvió y despertó.

8

La segunda que prevalece, más que una imagen es una secuencia. O una imagen vértice en la que convergen un sin fin de imágenes fragmentarias. Una imagen en la que diversos elementos componen uno solo.

Aquí el *uno solo* que esos elementos diversos componen es el tipo, el loco ese, Ambrosio Esteban. Es una imagen terrible. Lo terrible de la imagen de Ambrosio Esteban no es, sin

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

embargo, apreciable a primera vista, se requiere la distancia del tiempo, aunque sea corto, la impresión y la ausencia para volverla terrible. No ausencia, sino presencia tácita.

Los elementos diversos: la mañana desmoronada por toda la costa, o flotando como miga de oro sobre las olas mansas. La lechagria y la tortilla tostada que desayunamos en la única venta que encontramos abierta. Un viento que sabía a orín y a moho, y de pronto a sal y a escamas. La arena que levantábamos al caminar. La soledad de la playa aquel día. No había absolutamente nadie, comprensible por los dos días de asueto nacional que acababan de pasar; lo incomprensible era que nos encontrabamos ante la ausencia total de los pescadores locales y todos los negocios cerrados.

Les fue bien seguramente, recuerdo que dijo Ernesto, quien todavía llevaba la camisa a rayas, los jeans grises arrugados y el pelo engelatinado de la noche anterior. Pero esta gente nunca cierra, por muy bien que les vaya, además por lo menos, a como está la marea, deberían estar saliendo a pescar, pero ni lanchas se miran, opiné mientras me agachaba para recoger una concha cónica, perfecta para ser usada como una pipa. Sí, ahuevo, eso sí, me respondió Ernesto. Lo bueno es que tenemos la playa solo para nosotros, dijo Sergio. Lo malo es que no hay mujeres, intervino rápidamente Carlos mientras el churro que llevaba entre sus labios daba brinquitos con cada palabra.

© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

En la venta en la que desayunamos también compramos un litro de Ron Plata, dos paquetes de cigarros y un litro y medio de 7up, para recibir a gusto el nuevo día. Nos sentamos a tomar en el carro, con las puertas abiertas y la radio encendida. Creo que sonaba una cumbia, cuando en eso apareció el tal Ambrosio Esteban.

Venía oscilando entre la arena seca y la húmeda, con una camisa amarilla muy sucia y desabrochada, un pantalón de tela azul y un machete de hoja corta y sarrosa en la mano izquierda. Ernesto fue el primero en advertirlo. Cuando llegó donde nosotros, ya todos estabamos al tanto de su presencia. Creo que fue Sergio el que le dijo que se quedara a tomar. Sí, Sergio, porque además él fue quien le sirvió el trago.

Cuando el tipo dijo "¡Uenasss!" y desplegó una sonrisa que delataba la ausencia de varias piezas dentales y que dejaba entrar la luz hasta los revestimientos metálicos que cubrían las pocas piezas que todavía conservaba, juro que si hubiese estado más atento desde entonces lo hubiese podido haber visto parado en el umbral de su casita, con el machete colgándole de la mano y la sangre cayendo al piso de tierra. "¿Seácustedes m'podrán o-ooogzzzequiarsh u cashimbazo?" agregó sin quitar esa sonrisa cristalina. Esa sonrisa que mostraba parte de su calavera. La sonrisa terrible del animal humano.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

9

El tipo era rarísimo. El mero diablo, diría la gente de estos lados. Yo le ofrecí el trago porque pensé que iba a ser divertido, que él también iba a disfrutar del viaje. La idea de darle kush no sé de dónde salió. Pero bueno, nos pidió el trago y yo se lo serví. Tal como imaginé, ni siquiera esperó la gaseosa para pasarlo (el trago era poco más de la mitad de un vaso de plástico desechable). Lo pasó al grito. Un grito como de lapa en el medio de la selva. Un grito esquizofrénico a todas sus anchas. Un grito seguido por dos puñetazos contra su propio pecho, por el ruido del machete cayendo en la cuneta, y por una sonrisa amplia que hendió un enjambre de arrugas por todo su rostro. Inmediatamente se sentó con nosotros y empezamos a platicar. Ambrosioestebanpaniagua m'llamo yo, ¿cuál es tu gracia?, recuerdo que le preguntó sin mayor preámbulo a Antonio, quien examinaba una conchita blanca y cónica que había hallado en la costa. Perdón, le contestó. Ambrosioestébanpaniagüa m'llamo yo, ¿cuál es tu gracia?, insistió Ambrosio Esteban. ¿Mi gracia?, pues soy pintor, demoró en contestarle Antonio. Tuuu gra-zzi-a ¿Cómo timientanpues? Pues, tu nommmbre, exclamó Ambrosio Esteban ya desesperado. ¡Aaaa!; Antonio, y le extendió la mano. Yo me llamo Carlos Morales, dijo Carlos, y mi gracia es que soy fumón, y ellos son Sergio y Ernesto. Yo sonreí, Ernesto estaba acostado y no prestó mucha atención. Seguimos tomando

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

mientras él hablaba. Contaba historias y anécdotas de la vida de esos lados, de sus vagancias y de la muchas mujeres que supuestamente tenía, cuentos de esos que se repiten con ligeros matices en sus tramas, con detalles que difieren levemente y se repiten y repiten en distintas zonas del país, que supongo que en esencia son el eco o el polo opuesto de unos cuantos mitos que la humanidas ha decidido conservar y verter en todas sus historias; nosotros fumabamos un churro del que no le ofrecimos y escuchabamos. Ambrosio Esteban se echó el segundo trago y Ernesto dijo algo así como qué buen cliente el que tenés allí, y todos reimos. La marea empezaba a bajar. Me interesé en saber su edad, pero su respuesta fue un rotundo pus noooséyo que dad tengo... Cómo no vas a saber, insistí. Más o menos, preguntó Ernesto mientras se incorporaba. Él solo se encogía de hombros. Májmenos cincuentedos, dijo luego de un buen rato en el que pensamos que había olvidado nuestra pregunta. Todos lo miramos extrañados. Estás loco, le dijo Antonio sonriente, lo más que tenés son veintisiete, pero lo más. Todos asentimos y le pasamos un cigarro encendido. Apuesí, comoeso... 'intisiete májmenos. Prendimos otro churro y le preguntamos que si era de allí, de La Boquita. De Amayito, nos dijo.

Recordé que Amayito quedaba cerca de los potreros que habíamos visto en la madrugada. Cierto, dijo Antonio y le preguntó a Ambrosio qué tal habían estado las lluvias. Ha llovido bastante, respondió, luego dijo algo como que eramos bandidos nosotros, que el sabía lo que

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

era eso, que era droga, a lo que Carlos le respondió, mientras le pegaba una jalada al churro, que sí era droga y que además era de la tuani. Y entonces se lo pasaron a Ambrosio Esteban quien desde que llegó no dejó de sonreir.

10

–¡De la tuani!

–Son bandidustedes chvalos –y le pegó un jalón al churro de kush, que ya iba por la mitad.

–Retenelo más tiempo –le dijo Ernesto–, tenelo más tiempo adentro, en los pulmones.

Ambrosio Esteban, con los pulmones llenos de humo, empezó a tragar grandes bocanadas de aire. No era la primera vez que fumaba marihuana, sin embargo el sabor y el aroma del churro que los cuatro muchachos le proporcionaron le parecieron, aunque extrañísimos, muy agradables.

El primer contacto entre Ambrosio Esteban y la susodicha hierba había sido en Julio de 1998, durante la "demanda" de Santiago Apóstol (santo patrono de Jinotepe), que era, en pocas palabras, una peregrinación a la que mucha gente del departamento de Carazo asistía movida por diferentes razones que se podrían resumir en tres: el sentido de la aventura, que era la que movía a la gran mayoría de los peregrinos, presente en la mayoría de pobladores de

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

un país de guerras no resueltas. Luego estaba el bacanal y las bebederas que se armaban en los campamentos al caer la noche, o sea que la vagancia sería la segunda razón, aunque cabe mencionar que este grupo no excluía a los que también iban por la aventura. La tercera, la que movía a unos pocos y que, aunque incluía muy moderadamente a algunos que iban por la primera razón, excluía y miraba con malísimos ojos a los que iban por la segunda; este tercer grupo era un grupo mínimo que normalmente caminaba y acampaba lejos del resto, exceptuando las horas de comida, momento en que se ponían a repartir el guiso que habría de completar la ración que algunos de los peregrinos llevaba cuidadosamente guardada o de engañar el hambre, por un rato, de los que no llevaban nada, en fin, este pequeño grupo, el tercero digamos, que en los años en que comenzó la "demanda" era el predominante, estaba ahí por no otra razón que el fanatismo al santo o la mera fé religiosa.

Fue en aquel lluvioso mes de Julio del penultimo año del milenio pasado, cuando Ambrosio Esteban se enmochiló y salió a la demanda. Entonces no se le podía ubicar dentro de ninguno de los tres grupos mencionados, porque a pesar de estar, en teoría, pagándole una promesa al santo, también iba interesado por el guaro y la aventura.

¿Cuál era la promesa?

Un año atrás, o sea en el 97, Ambrosio Esteban había estado en el Hospital público de Jinotepe muriéndose de cirrosis. Entonces, doña Jerónima, su madre, aterrorizada de ver a su

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

hijo menor aguijoneado de sueros y confinado a una cama, y sobre todo angustiadísima ante la imposibilidad de cubrir los altos costos de los tratamientos, no vio otro remedio que acudir (sin que un par de lágrimas, que en otra vida fueron tuétano, descendieran por sus arrugas, como bajando peldaños irregulares, mientras su quijada vieja parecía dar varios pasos en falso, mascando suspiros fantasmas) a una pareja de señores de Jinotepe para quienes había trabajado su mamá, o sea la abuela de Ambrosio Esteban, por varios años.

Al conocer sobre la situación del muchacho, los señores le dijeron a doña Jerónima que no tenía de qué preocuparse, pues a partir de ese momento ellos mismos asumirían los costos del tratamiento. Además le aconsejaron rezar y encomendar a su hijo al Señor.

Doña Jerónima salió de la casa de los señores hecha una flecha que, si la felicidad fuese de colores, hubiese dejado una larga estela, más parecida a un arco iris que a la cola de un cometa, sobre las calles angostas y grises de Jinotepe. Al pasar frente al atrio de la Parroquia Santiago (que en aquel atardecer rojo y amarillo se asemejaba a la calavera fosilizada de un dios antediluviano muerto por sumersión, sorprendido durante su sueño por el desborde de un mar lejano) doña Jerónima se precipitó hacia las gradas y penetró en una de las cuencas oscuras y rectangulares que fungían como puertas.

Se postró ante el altar blanco mármol y dorado que resplandecía al final del largo pasillo y se soltó a llorar arrullada por la luz oscilante de los candelabros y el humo sinuoso de los

inciensos. Sin recordar cómo, llegó hasta la pequeña capilla, destinada exclusivamente a la oración muda, y permaneció de rodillas, orándole y agradeciéndole al Señor. Tras unos cuarenta minutos de experiencia cuasi catártica de desahogo personal y solitario, doña Jerónima terminó prometiéndole a la imagen de Santiago Apóstol que Ambrosio Esteban iría cada año, cuando ya estuviera mejor, a la demanda, en la que varios cientos de caraceños peregrinarían a través de senderos, montarascales, montañas y veredas hasta las costas del Pacífico, donde el mar, una vez que la imagen del santo fuese puesta sobre la arena, se apaciguaría como por arte de magia.

Al año siguiente, Ambrosio Esteban estaba sentado sobre el murito del parque central de Jinotepe, un tanto nervioso por el gentío, pero sobre todo por la pólvora que a cada momento estallaba en el lugar menos esperado.

Aquella era la segunda vez que Ambrosio Esteban salía de Apazagüe. La primera fue cuando estuvo en el hospital, pero de aquella experiencia no recordaba mucho. Su mayor preocupación, esta vez, era que no sabía exactamente qué era lo que uno debía hacer en la "demanda", entonces los primeros días trató de estar lo más atento que pudo.

Al caer la primera noche, tras andar los cincuenta y algo kilómetros que inauguraban la marcha, siempre los más pesados por ser los primeros, Ambrosio Esteban colgó su hamaca de los troncos de dos arboles y se quedó dormido viendo las estrellas que se enredaban entre las ramas oscuras, sin hablarle a nadie.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

A la mañana siguiente se formó rápidamente en la fila del guiso. Una vez servido, se sentó a comer junto a un grupo que cantaba y tocaba guitarra. Al poco tiempo uno de los que cantaba, el más joven, le tiró a Ambrosio Esteban una cantimplora. Para que no se atragante, prix, le dijo la mano generosa. Ambrosio Esteban le sonrió tímidamente y tomó un largo trago de aguardiente.

La segunda noche cayó cuando los peregrinos cruzaban los cerros occidentales de Santa Teresa entre un enjambre de chayules, pero esta vez Ambrosio Esteban no se preocupó por colgar su hamaca, en parte porque caminaba junto a sus nuevos amigos, ya a cierta distancia de la multitud de peregrinos que avanzaba como tortugas bípedas y andrajosas, de cuyos caparazones de lona verdeolivo colgaban cacharros y ollas viejas, sacos de dormir y hamacas.

Hacía varias horas buscaban (Ambrosio y sus nuevos amigos) un camino que los habría de llevar a los *plantíos*.

Son como seis manzanas, escuchaba Ambrosio Esteban que decían sus nuevos amigos, pero hay que tener cuidado porque estos indios hijueputas son arrechos. Ambrosio Esteban solamente se preocupaba por seguir a su nuevo grupo, que era de cinco, incluyéndolo a él, y de interceptar de vez en cuando la cantimplora con aguardiente que no paraba de circular entre ellos.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

Luego de bajar una sinuosa quebrada, con anchos bloques de piedra cubiertos de moho y musgo y de seguir por un par de metros un arroyo verde y escaso, subieron por una especie de sendero al que varias veces tuvieron que darle continuidad con los filos de sus machetes.

Finalmente llegaron a los plantíos, cuando ya se arrimaba la medianoche, cuando ya la luna se había puesto y el cielo había quedado como rasgado por varias nubes estrechas que irradiaban una especie de polvo de plata. Ambrosio Esteban esperó con uno de los muchachos mientras los otros tres cruzaron el cerco, apartando las largas líneas de alambre de puas que refulgían como gigantescos hilos de araña en medio de la noche.

Los tres tipos salieron casi diez minutos después, despavoridos por los disparos que se acababan de escuchar. Al rato de una larga y veloz huida, cuando puedieron sentarse junto a un arroyo, los cuatro nuevos compañeros de Ambrosio Esteban estuvieron de acuerdo en que el botín había valido el susto: dos mochilas y media de cogollos maduros de marihuana criolla, pelirroja le decían en Santa Teresa, de la que no se encuentra en ningún otro lado del mundo.

Dos y media mochilas de cogollos maduros de pelirroja que a Ambrosio Esteban le tomó vender, junto a sus nuevos compañeros, siete días, durante los cuales ellos mismos le dieron posada en Jinotepe; siete días en los que, hasta aquel momento, se agolpaba casi la totalidad de experiencias con que la vida de Ambrosio Esteban contaba.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

En esos siete días Ambrosio Esteban conoció lo que era una cantina; también descubrió, pues quizá decir "entendió" sea poco preciso, puesto que a él no le tocó pagarla, lo que era una puta; también supo lo que era amanecer tomando en la cuneta de un barrio en el que nadie te conoce, eructando hambre y mascando frío.

Finalmente Ambrosio regresó a casa con trescientos córdobas que hicieron brillar los ojos de doña Jerónima y más o menos una onza de pelirroja que enterró bajo uno de los postes del largo cerco que rodeaba los potreros de la finca que su hermano mayor cuidaba.

Ambrosio Esteban solamente logró fumar la mitad de aquella onza pues uno de los primeros aguaceros, retrasado varios meses, arrasó no sólo con lo que a Ambrosio Esteban le quedaba de pelirroja, sino también con el cerco y con los pocos cultivos que habían logrado crecer en los meses de sequía.

La media onza que sí logró fumarse le había durado dos meses.

Cada tarde que podía se perdía por los caminos y fumaba tumbado sobre el pasto de los potreros, bajo el cielo absolutamente azul, sin una sola nube, engullendo su mirada, percibiendo un movimiento ancho y lento de las pequeñas colinas que parecían lomos de peces gigantes agonizando junto a él; fumaba de una mitad de coco que había acondicionado para tal fin, y esa fue la única experiencia de Ambrosio con la marihuana, pero en aquella ocasión nadie le

indicaba cómo y qué tanto debía fumar, y la pelirroja, por muy buena que sea en Nicaragua, es infinitamente inferior en potencia al kush importado que ahora fumaba y que ya le hacía notar una textura transmutada y gelatinosa en la voz de Ernesto que le decía:

–Aguantalo hasta que ya no podás.

–Ve, Amayito es cerca de los potreros que vimos anoche –recordó Sergio de pronto.

–A huevo –dijo Antonio–. Ambrosio, ¿cómo han estado las lluvias?

–Regulars... pero halluvido esste mes bastante...

–Bueno, ¿y no habrá hongos de los de la mierda de las vacas? –le preguntó Sergio.

–Ah, sonbandidusteds, ya lo vi.

–Al suave –dijo Ernesto.

11

Ambrosio Esteban se volvió obsesivo con el tema de la comida. Nos empezó a decir de los frijolitos y la cuajada que hacía su mujer. Que teníamos que ir con él a desayunar. Que no sé qué... No sé qué pensamos. Que iba a ser buena idea sunpongo, que de una vez podríamos aprovechar para buscar hongos en los potreros. Aceptamos la invitación de Ambrosio y regresamos por la carretera que nos había llevado hasta la playa, pero esta vez, a los diez minutos, tomamos un desvío.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

De haber seguido en la carretera, de no haber tomado ese desvío, todos estaríamos ya de regreso en nuestras casas. Yo estaría durmiendo esta maldita goma. O probablemente ya habría quedado en algo con la Alejandra, que por cierto, me escribió en la mañana, mientras estábamos tomando en el carro con Ambrosio Esteban. Buenos días corazón, qué tal la gomita?, o un mensaje por el estilo. Al rato me quedé sin batería en el cell y no le respondí.

Bueno, lástima... la cosa era que una enorme polvareda se levantaba en el camino de tierra cuando el carro pasaba; un camino de tierra que dividía enormes extensiones de potreros y corrales separados por líneas de alambre de puas corrían a toda velocidad, como una inagotable y terrible sierra eléctrica, junto al Yaris rojo, a la altura de nuestros cuellos. De pronto, el camino quedó franqueado por una multitud de árboles flacos y secos, escasos de hojas y espinosos, medio dorados por la luz que el sol, parcialmente cubierto por dos nubes densas y cargadas de lluvia, arrojaba.

Todos estabamos algo cansados; Ambrosio Esteban sacaba la cabeza y la mitad del cuerpo para saludar a grito partido a todo el que se topaba por el camino. Y dale que dale con la cosa de los frijolitos y la cuajada. Que qué ricos. Que clase de cuchara la de su mujer. Que ahí ibamos a ver todos.

Cuando por fin llegamos a la casita, sita en el medio de la nada, o de la casi nada, separada de la carretera por kilómetros y kilómetros de potreros y de bosque tropical seco, varios niños

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

salieron a recibirnos. Pegaban sus manitos y sus caras a los vidrios polarizados, saludaban y corrían a la par. Unos ocho niños, desnudos algunos, en calzoncillos otros, todos tierrosos y alegres. Estos son mis chavalos, nos dijo Ambrosio Esteban. Que cachimbo, observó Antonio. Es que algunos son de mi hermano. Ah ya. ¿Y cómo están esos programas del gobierno aquí?, pregunté solo por joder, ¿Al cien? Ambrosio me miró como si no hubiese comprendido o como si yo ni siquiera hubiese preguntado nada, luego se bajó. Ambrosio, hasta ese momento, me había caido bien. A veces mucho se enllavaba con ciertas cosas. Me imagino que es medio obsesivo el tipo. Lo de la comida de su mujer parecía ser su fijación favorita; esa era la constante. Luego habían variables. Lo de darse comandos a sí mismo. Por ejemplo, decía de pronto "Sentate Ambrosio" y el mismo se respondía "Bueno", y se sentaba. "Echate el trago, Ambrosio", y se lo echaba. A mi ese detalle me pareció divertidísimo, pero creo que nadie más lo notó. Bueno, al grano. "La masacre". No creo que sea muy difícil de adivinar. Llegamos y dele que dele Ambrosio con los frijoles, la cuajada y la tortilla de su mujer. Creo que conviene informar que en el camino hicimos hot box con dos churros más de kush, por tanto, Ambrosio ya venía perdido en el espacio sideral, lo que volvía la situación, a nuestro parecer, considerando nuestra falta de previsión hacia los acaecimientos que se desarrollarían con el ímpetu de un enjambre de relámpagos, más graciosa.

Nos bajamos y saludamos. De aquí para allá todo es muy borroso. Ambrosio creo que entró antes que nosotros a la casita (si, tuvo que ser así; en todo caso, si entró después que nosotros

no lo vi) y luego vinieron los gritos. Cómo me vas a decir que no hay nada para mis amigos, oi que vociferaba desde dentro, ¡juelagrantrescientasmilmillones de la gran trescientasmilmazorcas de la granmil puta!, o algo similar chilló Ambrosio hecho un loco. Su mujer, a quien no pude verle la cara, lloraba de forma nerviosa, desbordante, pero con una especie de calma profunda. Escuché golpes y sentí que Carlos, Antonio y Sergio (yo venía al final y todavía no atravesaba el umbral) se detenían de pronto. De ahí, solo recuerdo a Ambrosio con una cara de bestia psicópata que nunca se la había visto a nadie en la vida real (en la pantalla quizá solo a Jack Nicholson, y a Michael Jackson). La luz que entraba en haces, perfectamente definidos por el humo y el polvo que flotaba en toda la casa, haces tubulares forjados por los huecos del zinc, cruzándose y dibujando círculos y óvalos en el piso y sobre las piedras de donde salía el humo, sobre el comal renegrido y sobre la figura de Ambrosio Esteban. Sobre sus ojos de cabro o de caballo desbocado. Sobre su quijada tembleque. Sobre la mano y el antebrazo, surcado por venas gruesas que parecían talladas a mordiscos en caoba o pochote. Sobre el machete que chorreaba sangre espesa.

La cara, lo que se dice la cara, no se la vi a la mujer de Ambrosio Esteban. Lo que si vi fue la cabeza destapada emanando una cosa negra y viscosa, que no parecía ni sesos ni sangre, tal vez era el alma, tal vez el alma es así, una especie de brea oscura que solo se ve en el momento y luego

desaparece; en fin, esa cosa negra chorreaba desde la cabeza de la mujer y se encharcaba sobre el piso de tierra. También escuché los gritos de varios niños y la respiración de Ambrosio Esteban que se sentía cada vez más fuerte, como si fuese inundando el viento, o como si el viento se fuese acompasando al ritmo y a la fuerza de su respiración que era como la de un cerdo que arrastran al matadero. Llantos de niños y gritos de Ambrosio que se perdieron en una nube de polvo que se levantó tras el Yaris cuando ya ibamos a unos doce metros de la casita. No recuerdo qué dije o qué hicimos, no creo que importe; solo recuerdo que todo pasó demasiado rápido. Todavía no tengo una idea muy clara de qué fue lo que, o cómo, pasó. Yo no vi cuando le pegó el machetazo, creo que Carlos tampoco. Antonio probablemente vio algo. Sergio sí, definitivamente Sergio sí estuvo en palco cuando Ambrosio le destapó los sesos a su mujer, quien, según pudimos leer en la página de Sucesos del día siguiente, se llamaba Ignacia María Ruíz Ruíz y tenía diecinueve años.

Lo inverosimil de la noticia de Ambrosio Esteban es que no figurábamos por ningún lado, tampoco los niños que vimos, ni nadie, pues según la reportera que realizó la nota, el cuerpo de Ignacia María fue "abandonado en una casita de cuido, aparentemente deshabitada desde hacía muchos años. El cadáver no mostraba otro signo de violencia más que la herida profunda, presuntamente provocada por un machete, que le unía la coronilla con la nuca". Otra

cosa inverosimil era que la hubiesen publicado, que alguien se hubiese tomado el trabajo de ir a cubrir la aparición de un cadáver en medio de esos potreros. Que se hubiesen enterado.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

La Manada

Una revista nada importante de Los Ángeles, dedicada a reseñar festivales y producciones independientes de metal en latinoamérica, me envió, a finales de abril de 2004, a cubrir el *Thrash Around Fest MMIV,* en San Pedro Sula. Entonces supe por primera vez sobre *la manada*.

En mis recuerdos, el concierto duró nueve cervezas y cuatro highballs; en mi grabadora ochenta minutos de impresiones y declaraciones de las bandas, del público, de los organizadores y de las autoridades policiales, quienes al finalizar el apresurado vaivén de bandas ticas, hondureñas, panameñas, salvadoreñas, nicas, mexicanas y la única gringa,

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

ya contabilizaban un total de treinta y dos heridos, veintidós detenidos (principalmente por posesión de estupefacientes y/o alteración al "orden público"), ocho asaltos denunciados y al menos doce intoxicados. Entre una multitud de gente de negro sentí como si el cielo hubiese inhalado toda el aire que corría por el lugar.

Fuera del descampado, rodeado de mil instantes, personas y espacios desconocidos, las calles húmedas y violáceas de San Pedro se me antojaron como un enjambre tácito o inescrutable de putas y asesinos, la versión centroamericana del Londres de Jack el Destripador, pensé; en fin, algo inexplicablemente agradable y simétrico. Tomé uno de los muchos taxis que se distinguían entre la multitud vestida de negro. Le pedí al conductor, un señor muy delgado de casi cincuenta años, me llevara al hostal, pues estaba cansado por el viaje en bus y sin ánimos de seguir tomando, seguramente en los peores bares de la ciudad, con las bandas. El taxista asintió cuando le indiqué la dirección, luego me preguntó qué tal había estado el concierto. Cansado, le respondí, supongo que secamente, pues no tenía muchas ganas de entablar una conversación. Aunque, para que no me tomase a mal (de madrugada, en un país extraño, la cortesía nunca está de más), le ofrecí un cigarrillo de mi paquete. Fumamos en silencio por unos cinco minutos (la noche se resbalaba a ráfagas sobre el parabrisas; volvía intermitentes los pistilos de humo que crecían de los crisoles naranja de nuestros cigarros), y luego llegamos a la entrada de un residencial. Al ver las sirenas encendidas de dos patrullas de policía el taxista bajó la velocidad hasta casi detenerse.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

Los oficiales hablaban con un vigilante que seguramente cuidaba aquel lugar, mientras cuatro reporteros tomaban notas y otros dos fotografiaban los cuerpos destrozados de un Labrador negro y de un Gran Danés que llevaba un collar azul. Súbitamente, el destello de un flash se filtró en cada pliegue del rostro sudoroso del vigilante, un alboroto de plata y fotones que rebotó sobre su mentón trémulo; un puñetazo de luz con el que la camiseta blanca de cuello en V refulgió locamente, oscureciendo aún más la mancha de sangre que se dilataba desde el hombro derecho, donde ahora había una gasa. Luego los flashes estallaban sobre los perros abiertos como flores. Mientras nos alejábamos, lentamente, la escena parecía haber quedado suspendida en un espacio distinto, como estática o ajena al movimiento del universo, como un instante que siempre existió y seguirá existiendo. Pensé tomar una fotografía pero me contuve. Maras seguramente, me dijo el taxista, usted no es de acá, ¿verdad?, preguntó luego. Soy nica, le respondí. Ah, bueno, bueno, dijo y permanecimos callados, entreviendo figuras y túneles en las calles iluminadas por los focos pálidos del taxi, echando breves miradas a la brasas, ubicándolas gracias a pequeños desmayos anaranjados entre el frío, la negrura y el espacio. Al poco tiempo llegamos al hostal. Pagué y luego, mientras tocaba el timbre, mis ojos se cerraban con aplomo.

Aunque me desperté casi a las dos de la tarde del día siguiente, sentí como si no hubiese dormido nada. Noté que había dejado la luz y la televisión encendida y que seguía vestido. Abrí

mi laptop sobre la cama, me enjuagué la cara y unos cuarenta minutos después envié mi artículo y algunas fotos a los editores. Luego me duché, recogí mis cosas, le pagué a la señora del hostal y me largué a la estación.

En la terminal de Transnica compré un sándwich, una coca-cola y dos periódicos hondureños que leí luego de cruzar la frontera, pues antes de eso, durante el camino de Tegucigalpa a Las Manos, dormía plácidamente con la cabeza apoyada sobre el hombro de una anciana guatemalteca.

Al llegar a la sección de Sucesos de uno de los periódicos reconocí, intrigado, la escena que había presenciado la noche anterior. Me apresuré a leer la nota, donde el vigilante, Antonio Estanislao Hernández Mendoza, de diecinueve años, declaraba que a eso de las tres de la mañana, o a lo mejor un poco antes, a las dos y cuarentaitantos, un ruido lo alertó. Poco después escuchó un alboroto, sin duda, dentro de los límites del residencial, como un rugido de persona y varios gritos de perro. Recordó que los perros de una de las casas se escapaban para vagabundear por las noches y pensó que alguien, tratando de cometer algún delito, los había herido. Salió de la caseta con su pistola calibre 22 en mano, procurando no hacer mucho ruido. Al llegar al lugar de donde provenían los sonidos (un parque pequeño, de poco menos de un cuarto de manzana, dentro de los lindes del residencial, separado de la calle por una cerca de madera, y que solo

era usado por adolescentes durante las noches, para fumar marihuana y beber o coger en sus carros), Hernández Mendoza sintió un *repelo* que le recorrió toda la espalda y un alboroto entre las ramas, detrás de unas bancas. Entonces, sin dejar de apuntar con su 22, se acercó y descubrió a un grupo de unos ocho hombres y mujeres, unos totalmente desnudos, otros medio cubiertos por jirones de tela muy vieja, o de algo parecido, reconcentrados, en cuclillas o arrastrándose sobre la tierra y bañados en sangre. El vigilante aseguraba que no tenían tatuajes ni llevaban ropa, que eran adultos en su mayoría, que incluso había un anciano y un par de niños y que si no hubiese sido por esos niños, a quienes él mismo vio, hubiese pensado que se trataba de alguna manada de animales raros o desconocidos, pues los machos o los hombres llevaban barbas larguísimas que les cubrían el pecho y parte del abdomen y pelo largo y enmarañado, y no, definitivamente no eran mareros. Antonio Estanislao también narró que, al alumbrarlos con su linterna, descubrió a un perro de una de las casas destripado, entonces sonó nerviosamente su silbato y ellos ni siquiera se movieron, parecían estar demasiado ocupados con su matanza, hasta que unos pocos se pusieron de pie sin quitarle los ojos de encima a Antonio Estanislao. Ni su mirada, aseguraba el vigilante en sus declaraciones, ni la forma en que se paraban y se movían eran la de una persona normal, si no más bien la de un animal; pero no la de un animal que el vigilante no conocía, según reflexionaba luego, si no, seguramente, la de uno que no

existía. Los tres *salvajes*, ya totalmente erguidos, se le acercaron al vigilante sin apartarle los ojos, mientras los otros seguían despedazando con las manos al perro, como si nada fuera de lo normal estuviese pasando. Cuando el vigilante se disponía a hacer un disparo al aire, uno de los *trogloditas* (así los llamaban en el artículo de Sucesos) le saltó por atrás y le clavó los dientes en el hombro hasta casi arrancarle un pedazo, obligándolo a botar el arma. Entonces el atacante se unió, como reptando, al grupo que huía por un cauce cercano, hasta diluirse por completo. El vigilante, herido, recogió su arma y echó un vistazo a los restos del perro, que eran, básicamente, un montón de tripas y órganos desparramados sobre lo que parecía una larga bandeja de huesos, costillas y vértebras aún incrustadas en lonjas de piel y carne, con la cabeza entera. Tres guardias más, que habían encontrado el cadáver de otro perro, llegaron a socorrer a su colega, y fue cuando avisaron a la policía.

A pesar de los términos peyorativos con los que se referían al grupo y de la clara intención del reportero de Sucesos de satisfacer su burdo antojo "moral" o quién sabe qué mariconería disque ética, en lugar de proponerse investigar seriamente hasta encontrar el meollo del asunto, y a pesar del hecho en sí, no sentí repudio alguno por el grupo. Estas maras van cada vez más desturcadas, pensé, a ver cuando se nos meten a nosotros. También pensé que lo de los perros se podría tratar de un ritual iniciático de una especie de secta.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

Las curvas de Ocotal me produjeron un mareo bastante fuerte, por lo que dejé de leer el periódico. Saqué mi laptop y puse una película; al rato me volví a dormir.

Cuando desperté eran casi las once de la noche y sobre Managua caía un aguacero que inundaba los cauces y las calles, pero que no alcanzaba a atenuar el calor casi palpable.

Tomé un taxi a mi casa y dormí lo que quedaba de noche. Cuando desperté todo era gris, como cuando pasa un aguacero en Managua: las calles quedaban cubiertas por un vapor denso, pegajoso y cálido que no olía a lluvia, sino a Managua, a las cunetas y a las calles y a los cauces y a las caras de Managua y así, un poco del caos y del infierno de la capital ascendía a los cielos.

Pasaron varios meses hasta que volví a saber de *La Manada*.

Varios meses que fueron, hasta ahora lo comprendo, una especie de letargo. Una dinámica automática e inconsciente que me hacía ir de mi casa a mi trabajo en un call center, del trabajo a la casa, del trabajo a comer con algunos amigos, del trabajo a un bar, del trabajo a una disco, de una disco a la casa, de la casa al trabajo. Los sábados a la universidad, el tiempo en casa para estudiar y hacer trabajos y el poco tiempo libre para lo que era verdaderamente importante. Nada de tiempo para cosas reales, puro interactuar y actuar como animales domesticados. Absurdo: un tigre de Bengala que baila ballet con un moño rosado y un tutú; un total absurdo.

Hace un par de años me metí a estudiar periodismo porque pensé que con eso podría dedicarme a escribir; vivir de escribir, ese era el sueño. Recibir un sueldo por sentarme a escribir

ocho horas al día, artículos perecederos y de calidad estándar, cosas fútiles, pero a escribir y seguramente a (mal)vivir de ello al fin y al cabo. La cosa es que trabajo en un call center porque ahí gano más que como reportero, así de simple. O sea, la frustración de no poder ser escritor cubierta con la frustración de que no paga ser periodista en Nicaragua me llevó a trabajar en un call center, en una maldita maquila de hastío. Sin embargo, tener un trabajo que paga relativamente bien es, en este país, un privilegio.

Dejé de escribir textos literarios hace unos tres años, cuando calculé que con el poco tiempo libre que me quedaba solamente podría dedicarme, y no tanto como me hubiese gustado, a la lectura o a la escritura, pero no a ambas. Naturalmente, como dije al principio de este breve párrafo, escogí la lectura.

Tres años hace que me sumergí de cabeza a ese mar de brea y asfalto bullente que son las grandes obras y los grandes autores del tiempo y el espacio, sin embargo, desde que volví de mi brevísima estancia en San Pedro, mi afición, u obsesión, hacia la lectura ha crecido, digamos, de forma enfermiza. He notado cómo mis noches, mis madrugadas, mis amaneceres y la mitad de mi sueldo quincenal han sido invertidos, sin recato alguno, en engrosar mi biblioteca, la que en los ocho meses posteriores al *ThrashAround Fest* ganó unos 140 títulos nuevos. No había un libro en mi biblioteca que yo no hubiese leído.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

Cada quince días me iba al Mercado Huembes y salía cargado de libros que tenía que leer antes que me cayera la siguiente quincena.

Dejé, casi sin percatarme, de ir a discos, a bares, de conocer mujeres, de hablar con amigos, de dormir, de ver noticias, de saber del mundo. Supe que estaba encontrando mi felicidad cuando dejé de ir a la universidad los sábados, en parte para poder amanecer leyendo y poder seguir leyendo el resto del día. Leía mientras hablaba con clientes en el call center, leía en los buses, en las bancas, en los bares, en los cementerios, en la playa, en caminos, en rotondas. No recordaba el nombre de ninguno de los libros que leía, o tal vez el de uno o dos, pero definitivamente ignoraba el nombre de mis autores favoritos. Aunque, por otro lado, había logrado armar y memorizar los nombres de un grupo de autores de los que, en caso de toparme con sus libros en un estante, tenía que huir despavorido. Nombres de autores que plagaban las librerías de Managua, acechando, listos en cualquier momento para escurrirse hasta tus manos y hacerte pasar algo que ni siquiera tiene los relieves o texturas de una "mala noche", si no una noche aburrida e inútil, una noche plana. Una vez se me coló, por ejemplo, una novelita estilo Corín Tellado (hay nombres que es mejor sí conocer) pero que trataba de Adán y Eva y, durante una semana, todo fue un desastre gris, rancio y vomitivo. En fin, desconocía o ignoraba, intencionalmente supongo, los nombres de mis autores favoritos, aunque si me ponían, por ejemplo, un cuento que yo no conocía de este

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

francés que escribió sobre una señora que tenía un perrito al que termina tirando a un pozo, sabría de inmediato de quién se trataba.

Se acercaba la navidad de 2004, y necesitaba suficientes libros como para no salir de mi casa. No sé si han pasado una navidad en Nicaragua, pero si la pasan fuera de su casa, si salen a caminar a los barrios e incluso a los residenciales, alternando, si tratan de entender cómo está pasando la navidad cada familia por la que pasan, quedarían con unas muy sinceras ganas de pegarse un tiro en el estómago y seguir caminando, asomándose por las ventanas, por las puertas abiertas hasta morir en un incendio de asco y horror

Luego de salir de una de las librerías del Huembes, caminé hasta la parte de la comida, pensando en buscar un Baho. Comí despacio mientras leía una novela que trataba de cuatro jóvenes eminencias en literatura alemana que investigaban sobre el paradero de un misterioso autor de posguerra que usaba un *nom de plume* gracioso o que sonaba gracioso, pero a la vez grotesco. Cuando terminé mi comida el sol ya se había puesto, su última luz se vertía en un remolino de oscuridad morada y leve que parecía crecer lentamente desde el este, pero que era repelido por la luz de los tubos blancos que colgaban del techo de la comidería. Tenía que irme antes que oscureciera.

Llegué a mi casa ya cuando una noche colosal se levantaba por el este; seguí leyendo la novela hasta quedar dormido en el sofá de la sala. Al día siguiente me levanté muy temprano

y me subí en una ruta cualquiera para leer por un buen rato. Me bajé y tomé otra para seguir leyendo. Luego de una hora y media o dos, en las que tomé unas cinco o seis rutas al azar, me encontré en la esquina del Cine Gonzalez, cerca del Malecón. Decidí leer un rato en el parque, rodeado de arboles y huelepegas, a espaldas del Teatro Nacional. Después de un buen rato encendí un cigarro y me dirigí hacia el malecón.

Cuando me acercaba a la concha acústica advertí una densa polvareda que quedó suspendida en el aire tras el paso veloz del jeep de *Acción 10*. Se dirigía hacia un grupo de curiosos que señalaban la costa del lago. Cuando me acerqué apareció el jeep de 22/22 y poco después el de *Noticiero Independiente*. Los flashes ungían de luz el cadáver que unos meseros habían encontrado intacto y fresco; la muerte no había ocurrido hace más de seis horas. Se trataba de una mujer de unos veintiocho años, pelo negro y muy enmarañado, totalmente desnuda, con una complexión física no muy común en una mujer de esa edad. La policía y los paramédicos, que llegaron unos quince minutos después, dictaminaron que el cadáver no presentaba señales de violación ni de violencia de ningún tipo, y comentó que si esto hubiese ocurrido en cualquier otra playa, y no en una del Xolotlán, uno hubiese pensado que se trataba de una bañista que simplemente se había ahogado, como algunos bañistas suelen hacer, pero que definitivamente nadie se bañaría jamás en el Xolotlán, a menos que quisiese morir o que hubiese estado completamente drogada, lo

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

que más tarde, gracias al examen del médico forense, fue descartado. La escena me produjo una especie de vértigo y me marché a mi casa.

Para esos días había tomado vacaciones del trabajo, pues estaba inmerso en la lectura de dos novelas bastante extensas.

Esa noche cené en una fritanguería. Releía el segundo capítulo de una de las novelas, donde un muchacho de Dublín caminaba por la playa con un bastón de fresno y con los ojos cerrados luego de salir de su trabajo en una escuela; avanzaba pendiente a cada sonido, a cada aleteo de tiempo y universo, hasta que advertí el televisor del local, donde pasaban un noticiero de nota roja.

Una reportera informaba que en las costas del Lago Xolotlán, a unos doce metros de donde el cadáver de una joven no identificada había sido encontrado esa misma mañana yacían los cuerpos de dos hombres, de cuarentaipocos años uno y de más de sesenta el otro; a unos seis metros de esos cuerpos se encontraba un tercer cadáver, el de una niña de unos ocho años. Los tres, una vez más, completamente desnudos y sin rastros de violencia física, con claros cuadros de asfixia por sumersión. Luego, un hombre que se identificó como habitante del sector aseguraba ante las cámaras que se trataba de miembros de *La Manada,* que a él no lo engañaban esos jodidos, que no le cabía duda y que él era de los pocos de la zona que sabían de su existencia.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

Cuando le preguntaron qué era *La Manada,* dijo que no estaba seguro, que podían ser almas en pena, o monstruos que parecían gente o gente que se comportaba como monstruos, una manada extraña que había aparecido por la costa del Lago hace un mes o menos, cuando se empezaron a perder perros y gallinas. Cuando la reportera le preguntó qué era lo monstruoso, dijo que no monstruoso, si no que raro, como animales que andan desnudos, siempre juntos, que duermen donde los encuentra la noche, cazan en grupo, cortan frutas y pescan con lanzas que son ramas o palos afilados que dejan tirados cuando se van del lugar; roban cosas pequeñas y sin valor que luego dejan tiradas, no hablan ni tienen cosas, pertenencias pues, y que culean, perdón, hacen el... el... el sexo pues, ahí frente a todos y sin ninguna vergüenza, y a veces son tres o cinco varones con una sola mujer o tres mujeres con dos varones o tres mujeres y ningún varón. Entonces usted asegura que ha visto animales o monstruos o almas en pena cazando y apareándose en las costas del Xolotlán, señor, dijo la reportera entre risas. El hombre pasó un momento difícil antes de volver a responder. Al final, cuando vio que nadie lo tomaba en serio simplemente dijo algo entre dientes, algo como *sus madres hijueputas* o como *hijuelagrantrescientasmilputas*, y se marchó.

Esa noche no pude leer.

Me dediqué a pensar, pensar por cuenta propia como hace mucho no lo había hecho. A pensar a la deriva en un mar de agua y corrientes violentas, distinto a los mares o lagos

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

artificiales, con marejadas de placas metálicas o de placas de hielo que se mueven con un orden, obedeciendo siempre a un principio estético, a meros artificios. Me encontraba esa noche en mi propio mar salvaje, brutal y proteico; un mar de hielo en el que tenía que esquivar grandes bloques con inscripciones: Chejov, Borges, Bolaño, Joyce, Martínez Rivas, Turgueniev, nombres como de dioses, nombres tácitos pero existentes, Maupassant, Rabelais, Broch, Rilke.

Cuando la noche se ponía por el oeste, como diluida en un resplandor que iba volviéndola rosada en el cenit y cada vez más amarilla en el horizonte opuesto, donde las estrellas sobrevivientes estaban apretadas, como buscando el amparo de los cerros, salí de la casa y vi unas pocas nubes delgadas que pululaban *como sonrisas de gato.* Salí a caminar, esta vez sin ningún libro. Calculo que eran poco mas de las cuatro y veinte de la mañana. El sol salió, o lo advertí, luego de una hora, cuando ya caminaba cerca de la Loma de Tiscapa. Managua a esas horas es una cosa completamente diferente, un animal en metamorfosis, una ciudad que ronronea en la crisálida del alba. Pasan unos cuantos taxis con las luces encendidas. Alguna gente cruza la calle. Un señor en silla de ruedas. Tres mujeres que tampoco han dormido. Hay rocío en las hojas secas, en los alambres tejidos de la malla. Un taxi se detiene y la ventana ejecuta mi reflejo: la piel renegrida y hendida en dos cuencas profundas, lamiendo la calavera; por un segundo ojos de loco. La maraña de pelo con las formas del viento.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

Apoyé los brazos sobre el metal frío de la malla y perdí la mirada sobre la superficie de la Laguna de Tiscapa. Luego de diez minutos aparecieron los primeros cuatro. Nadaban por la Laguna y luego desaparecían entre los matorrales. Luego advertí a una mujer y un niño que se bañaban cerca de la orilla, cuatro más dormían a pocos metros. No lo pensé mucho y decidí bajar.

Crucé por un hueco que había en la malla y empecé a descender con cuidado, apoyando los pies en las raíces más firmes y agarrándome de las ramas y de los matorrales. Luego de unos pocos metros escuché un rumor que ascendía rápidamente hacía mi. Casi de inmediato surgieron de los matorrales. Eran dos mujeres y un hombre, totalmente desnudos. Me detuve y traté de hacerles entender que mi presencia no representaba ningún peligro. Saqué un trozo de carne cocida que llevaba en el bolso y lo puse en el suelo. Lo miraron y luego me miraron con atención. Yo retrocedí un poco y una de las mujeres se acercó y cogió el trozo de carne. Un regalo, dije, y traté de decir lo mismo con mis gestos. Las piernas me temblaban y tenía las manos empapadas en sudor. Ellos lo sintieron. El hombre se acercó hasta donde yo estaba y de pronto sentí cuatro brazos que me agarraban de los tobillos y de las piernas. Ya tumbado en el piso rodé un poco, hasta que vi un área de cielo de un azul descomunal, luego ensombrecida por varios cuerpos desnudos. Algo me golpeó y perdí el sentido. Cuando desperté, ya me encontraba en este cuarto oscuro.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero al menos conozco un poco más sobre La Manada.

Huele mal, a basura y a humedad. Hace quizá un día advertí que estaba oscuro pero no cerrado. Por varios minutos palpé las puras tinieblas hasta que sentí la cantera gastada y mohosa de lo que supuse era una pared. La seguí hasta encontrar un hueco, una salida. Advertí que estaba en un pasillo o túnel pues la distancia de pared a pared era muy corta y tenía que andar en cuclillas. Seguí avanzando, con los ojos bien abiertos, entre la oscuridad total hasta que tropecé con un cerro de bolsas plásticas y hojas y ramas, luego volví a tropezar con algo que sonó como un montón de huesos. Me apresuré y anduve buen rato, perdido seguramente, entre interminables pasillos hasta que divisé un resplandor, un haz, o un tubo de luz, que entraba desde una altura que yo nunca hubiese sospechado. No me han quitado mis pertenencias (mi lápiz y esta libreta); el haz de luz es suficiente para escribir e intuir todo lo que se mueve en estos calabozos donde el tiempo está como empozado; esta es la última página que me queda, las fuerzas no me dan para más. Quisiera pensar que nada existe fuera de este huevo de luz (que me cabe en la mano). Quizá mañana sea uno de ellos o, quizá, me convenza de que nada de esto es cierto; que lo único cierto es que mi cobardía no me ha dejado llamar a mi muerte con nada distinto a ecos.

Dos cuentos de *El patio de los murciélagos*, de Luis Báez (Managua, 1986)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011